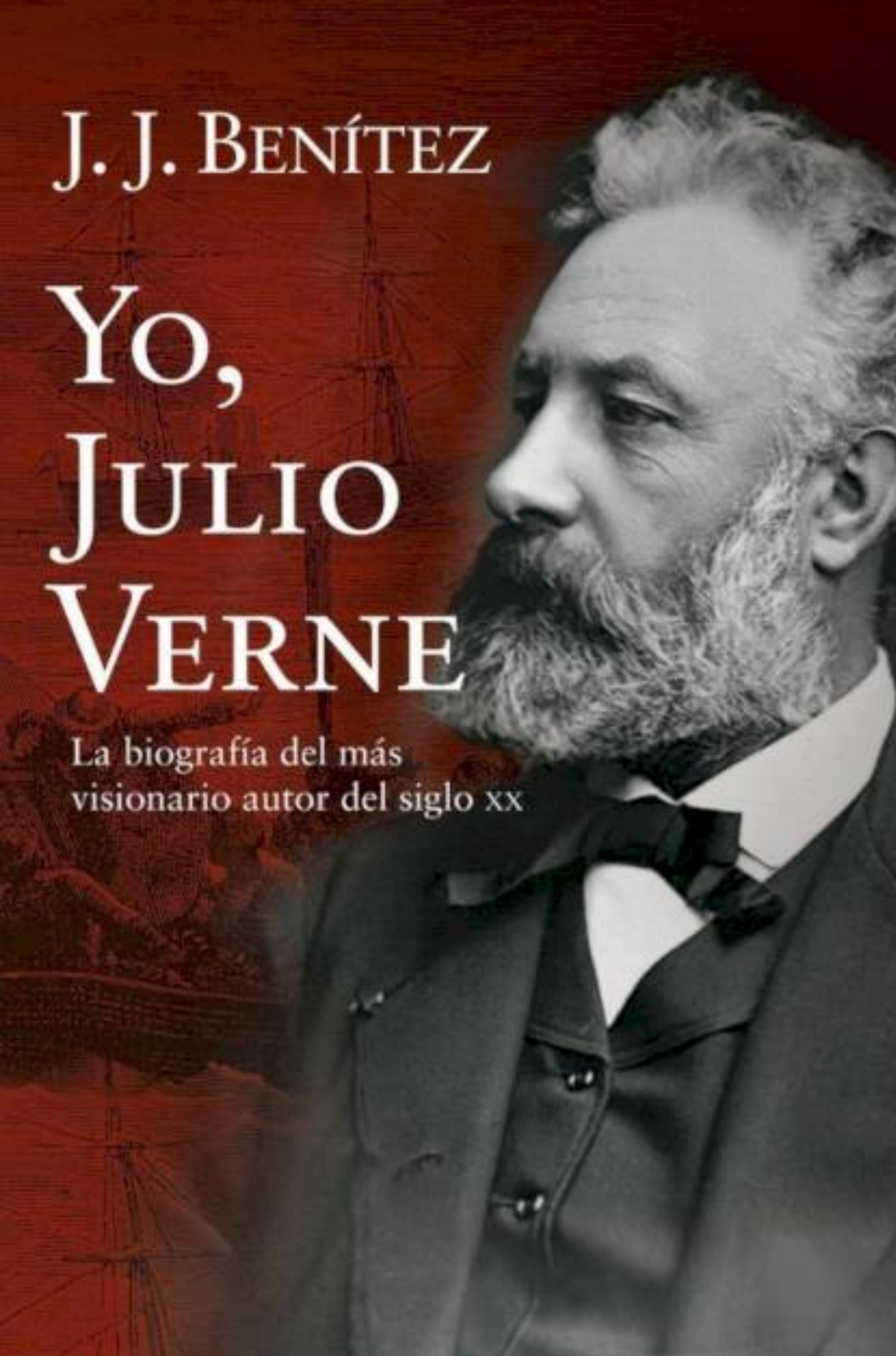


J. J. BENÍTEZ

Yo, JULIO VERNE

La biografía del más
visionario autor del siglo xx



Yo, Julio Verne revela a los cientos de miles de lectores del enigmático bretón la «cara oculta» de un hombre atormentado que se «suicidó» por el trabajo. ¿Fue Verne un profeta de la ciencia? ¿Cuántos de sus lectores han descubierto la subterránea y esotérica lectura de sus libros? ¿Supo que hizo de abogado contra su voluntad y que trabajó en la Bolsa durante cinco años? ¿Quién reconocería en él a un fracasado en el amor y en el matrimonio? ¿Por qué fue víctima de un atentado? ¿Pertenebió a una oculta hermandad iniciática? Julio Verne, fanático de los enigmas, murió en 1905. Su tumba, en opinión de J. J. Benítez, constituye su último y gran criptograma. El mensaje de la sepultura de Amiens, como la propia vida de Verne, le estremecerá.

*A Karmen Goizueta, Arsenio Álvarez,
Manu Larrazábal, Manuel Audije y Fernando Lara,
que conocen el secreto de este libro*

Puede que el lector considere este libro como un juego o una ensoñación. Acertará y se equivocará a partes iguales.

¿O es que existe algo más real que los sueños?

Introducción

«... Cementerio de La Madeleine, en Amiens. Viernes, 17 de junio de 1988. 14 horas y 50 minutos.

»Enésima parada. Esta vez ante una nueva encrucijada. El equipo fotográfico pesa como una traición.

»Sin mover un músculo exploro el ramal que se aventura hacia la derecha. Entre la floresta asoman vetustos mausoleos y un puñado de cruces, acorralados por el olvido. La piedra, humillada por el paso del tiempo, se ha rendido al musgo y a la enredadera. El lugar está pintado por la desolación. Y esa desolación me arrastra como un garfio.

»Uno, dos..., tres pasos. De pronto, el instinto (?) me amarra al suelo. ¿Qué ocurre con el ramal de la izquierda? Ni siquiera le he prestado atención. Giro sobre los talones y repito la exploración visual. A cosa de treinta metros se alza el añoso y susurrante grupo de abetos. Y al pie de la senda, otro cortejo de austeros panteones, la mayoría semiderruida e injustamente atacada por la indiferencia.

»La penumbra es densa bajo el pelotón de abetos. Obedeciendo a un sexto sentido, la perforo con la vista. En décimas de segundo, una ola de fuego rompe sobre mi vientre, aturdiéndome. Y una mano blanca, abierta a los cielos, detiene mi respiración. Más rápido que la razón, el corazón intuye y la ola de fuego y de sangre se levanta por la espalda, erizando mis cabellos. Al pie de los abetos hay un "hombre" de mármol blanco. Un "hombre" desnudo que, a pesar de su inmovilidad de piedra, batalla por escapar de su tumba. Y desde su brazo derecho, disparado al sol, parece gritarme.

»¡Es él! ¡Es Verne! ¡Es el gran maestro!...».

Extraño. En realidad, toda esta historia es muy extraña...

Mi destino, al menos por el momento, aparece íntimamente ligado a los cementerios. Muchas de mis investigaciones han arrancado, discurrido o finalizado en los más remotos e impensables camposantos del mundo. Y si he de fiarme de los proyectos que se agitan en mi atormentado espíritu, esas correrías alrededor de tumbas y panteones apenas si han comenzado. Pero en esta ocasión había «algo» más. «Algo» singular... A la lógica ansiedad por verificar cuanto llevaba descubierto e intuido, se unía una honda emoción. Si no recuerdo mal, ésta era la primera vez que mis sentimientos personales se instalaban en el ojo de una investigación. Durante algún tiempo bregué por aislarlos. Fue inútil. Y hoy, 19 de julio de 1988, semanas después de iniciadas las pesquisas, mi corazón se debate aún en la zozobra. Algo estaba muy claro: aquel «encuentro» con los restos mortales de Julio Verne era mucho más que un simple «encuentro»...

Pero, como me sucede con frecuencia, debo frenar mis impulsos e intentar guardar cierto orden en la pequeña-gran historia que me dispongo relatar. Una historia que, quizá para los menos avisados, pueda parecer alejada de los temas en los que habitualmente me muevo. Todo lo contrario. Esta tímida y parca aproximación a la vida, sentimientos e inquietudes del genial Verne se halla íntimamente asociada a muchos de mis trabajos y vivencias. Aquellos que lean entre líneas y, sobre todo, quienes descifren los enigmas sepultados en este libro averiguarán por qué.

Lo he repetido hasta la saciedad. Y lo siento por los racionalistas: servidor no cree en la casualidad. Este pobre diablo sentimental sí está convencido, en cambio, de la «causalidad». Y digo yo que fue una de esas «causalida-

des» de la vida (minuciosamente programadas por el destino) la que me condujo hasta Julio Gabriel Verne.

Si mi pésima memoria no me traiciona, todo empezó a mediados de 1987. Mi amigo y editor Lara tiene la sabia costumbre de no insinuar siquiera los temas que debo abordar. Pero en esta oportunidad los cielos tenían otros planes. Y por primera vez en mi ya dilatada asociación con Planeta me vi envuelto en un proyecto que, a decir verdad, no me hizo muy feliz. El trabajo era fascinante, sí, pero me forzaba a congelar otras investigaciones. Lara deseaba poner en pie una nueva colección —«Memoria de la Historia»—, en la que se estudiara a fondo una atractiva secuencia de personajes y sucesos de interés mundial. Cada escritor era libre de escoger el tema o protagonista que deseara. Mi resistencia —todo hay que decirlo— tampoco fue granítica. Y sin saber muy bien lo que hacía, acepté. En aquellos momentos no podía sospechar que el destino estaba a punto de burlarse de quien esto escribe...

Durante semanas alterné las investigaciones ya en marcha con una frenética búsqueda del personaje histórico en cuestión. El problema resultó irritante. Mi pasión por la historia me hacía saltar de siglo en siglo y de figura en figura, desconcertado y desesperado ante el inmenso horizonte. Pero el plazo de entrega del volumen (enero-febrero de 1988) se agotaba, y en diciembre de 1987 no tuve más remedio que sentarme a escribir. Por obligada eliminación, la larga lista de protagonistas de la historia quedó reducida a Nerón, Herodes el Grande, Leonardo da Vinci, Miguel Ángel y Juan el Evangelista. La elección seguía siendo comprometida. Curiosamente, el nombre de Verne ni siquiera había sido incluido en los primeros tanteos. Entiendo que es importante dejar bien sentado el presente punto: en 1987 «yo no sabía NADA» de la vida de Julio Verne. Como supongo le ha sucedido a casi todo el mundo, durante mi infancia y adolescencia disfruté con la lectura de algunas de sus obras. Ésa había sido mi única relación con el misterio-

so bretón. En otras palabras: ninguna. Mejor dicho, hacia el verano u otoño del mencionado año de 1987, cuando me encontraba inmerso en la confección de las primeras listas de posibles candidatos al proyecto de la nueva colección, una querida amiga, Karmen Goizueta, excelente traductora y una de las pocas astrólogas serias que conozco, me insinuó el nombre de Julio Verne. Pero la sugerencia fue tan sutil que, sinceramente, me olvidé. Hoy, transcurrido un año desde aquel «toque de atención», creo comprender por qué pasé por alto tan importante personaje. Los cielos, como digo, tenían otros planes para este aprendiz de casi todo... No había llegado «mi hora». O quizá debiera referirme a la «hora de Verne».

Y dejándome arrastrar por la intuición (?), puse manos a la obra, volcándome sobre Juan el Evangelista, «el hijo del trueno». Y el destino, una vez más, se burló de mí. A los pocos días de iniciada la operación de ensamblaje de la vida del discípulo amado de Jesús, el ambicioso proyecto naufragó estrepitosamente. No había, no hay, los suficientes datos históricos como para elaborar una biografía mínimamente digna y rigurosa. Faltó poco para que, consumido por la desesperación, saltase de aquel barco recién encallado y abandonase el proyecto. Fue entonces cuando, fulminantemente, esa «fuerza» que siempre me acompaña hizo girar el timón, reflatando el buque y empujándolo hacia aguas imprevistas. Hasta hoy no me he atrevido a revelar el secreto de *El testamento de san Juan*. Durante cuarenta días, tiempo invertido en su construcción, fui especialmente sumiso a esa «fuerza», «abriendo los canales de la mente» y dejando que una mansa y generosa «lluvia informativa» empapara mi corta inteligencia. Así nació *El testamento de san Juan*. Como decía el Maestro, quien tenga oídos, que oiga... Este libro, ahora lo sé, era necesario, justamente entre el *Caballo de Troya 3* y el próximo y quién sabe si último *Caballo de Troya 4*. Por supuesto, no aspiro a que esta confesión llegue a ser entendida por todos.

Como era de esperar, *El testamento de san Juan*, un libro duro, crítico y especialmente cargado de esperanza, distaba mucho de ser un trabajo histórico, en el más puro sentido de la expresión. Yo lo sabía y acepté de buen grado la cariñosa reprimenda de Rafael Borràs, director literario de Planeta. *El testamento* no fue incluido en la colección «Memoria de la Historia», volando en solitario. Por espacio de unas semanas —lo confieso— me sentí liberado. Al fin perdía de vista el aparentemente incómodo proyecto. Y reanudé entusiasmado las decenas de investigaciones que, espero, lleguen a materializarse en otros tantos volúmenes. (Definitivamente, no tengo arreglo. A pesar de mis casi cuarenta y dos años, mi ingenuidad no conoce límites. ¿Cuándo aprenderé que el destino es inexorable?).

En marzo de 1988, ante mi sorpresa, el editor volvió a la carga. Por suerte para todos, la familia Lara no cree en demasía en esas «fuerzas cósmicas» en las que uno sí cree y confía y a las que me refería anteriormente. A pesar de ello, aunque no puedo demostrarlo, estoy convencido de que la insistencia de Fernando Lara para que volviera a engancharme a «Memoria de la Historia» formaba parte de esos «planes superiores», de los que ni él ni yo somos muy conscientes... todavía.

Creí desfallecer. Esta vez, en una de nuestras periódicas conversaciones en Barcelona, mi reacción fue más contundente. En mi mesa de trabajo se hallaba dispuesto —¡e iniciado!— el segundo de los volúmenes de la serie «Los humanoides», «causalmente» aplazado una y otra vez. Lara me dejó hablar. Finalmente, con una picara sonrisa, me hizo ver que ese libro podía seguir esperando. Minutos más tarde abandonaba su despacho, después de haberle prometido formalmente (aún no me lo explico) que la biografía en cuestión entraría en la editorial antes del 15 de setiembre de 1988. En tales momentos pensé que mi claudicación obedecía a una sola razón: al afecto que profeso a los Lara. Obviamente había mucho más. Detrás de todo aquello —

¡cómo no!—, quien tejía y destejía era el destino. Sin yo sospecharlo, todo se hallaba a punto para que este torpe y «miope» ser humano descubriera «algo» de suma trascendencia para su futuro. «Algo» que debía llegar... en su momento. «Algo» que marcaría mi trayectoria profesional, convirtiendo 1988 en un año clave. «Algo» que me asusta y que ha potenciado los motores de la ilusión. Pero vayamos por partes.

Recuerdo que aquellos días de marzo resultaron especialmente penosos. Desalentado, comprobé que estaba prácticamente como al principio: sin personaje, sin tiempo y sin coraje para atacar el proyecto. Una vez más, el sentido de la responsabilidad y la disciplina salieron al paso, empujándome hacia la superficie. Y de las viejas y trabajadas listas brotaron al fin dos nombres: Leonardo y Miguel Ángel. Dos colosos que, dicho sea de paso, a punto estuvieron de rectificar el rumbo de mi vida. Ambos, en mi lejana infancia, polarizaron mi interés, hasta el extremo de que, aún hoy, con veinticuatro libros en mi haber, sigo pensando que «lo mío es pintar». El caso es que, en pleno proceso de localización, estudio y recopilación de documentos y demás materiales históricos en torno a las vidas de esos superhombres, cuando planeaba incluso un obligado viaje de investigación a Italia, una llamada telefónica arruinó mis propósitos. Karmen Goizueta —feliz «instrumento» del destino— hizo sonar mis alarmas interiores. Ella sabe de mis proyectos e inquietudes y, en el momento justo, se dejó llevar por la intuición (?). En aquellos días —¿enésima «causalidad»?— se hallaba leyendo un libro de Julio Verne. «Algo» extraño saltó ante sus ojos y, movida por la curiosidad, consultó el horóscopo del bretón. Lo que «vio» la llenó de perplejidad, confirmando sus iniciales sospechas. Dada la «gravedad del descubrimiento» (cuya naturaleza ha sido prudentemente sepultada en los criptogramas contenidos en este trabajo), se entregó a un minucioso y concienzudo análisis, barajando un sinfín de datos y variables. Los resultados fue-

ron abrumadores, desconcertantes y casi mágicos. Sólo entonces se decidió a telefonar y revelarme el hallazgo. «Es menester, por tanto, olvidar mis planes y concentrar toda mi atención en la vida y en la obra de Verne». ¡Y ya lo creo que mereció la pena!

Este segundo «toque de atención» sí daría sus frutos. Y a pesar de mi natural escepticismo, la curiosidad me arrastró a una frenética búsqueda de cuanta bibliografía pudiera existir en el mercado. Horas más tarde caía derribado por la sorpresa. Al principio no di crédito a semejante riada de «coincidencias». Parecía imposible... Pero ahí estaban: frías, objetivas y constatables. Y Leonardo y Miguel Ángel se esfumaron en la sombra, eclipsados por aquel francés del que, repito, lo ignoraba prácticamente todo. Y así, de la noche a la mañana, me vi envuelto en una nueva y maravillosa «locura». Una «locura» de la que no me he repuesto. Una «locura» llamada Julio Verne. Y el destino siguió tejiendo y destejiendo...

Entiendo que, antes de proseguir con esta singular historia, quizá sea justo y conveniente que me detenga en el mencionado capítulo de las «coincidencias». El lector se preguntará el porqué de mi aturdimiento al leer la vida de Verne. No se trata, obviamente, del puro y desnudo descubrimiento de una existencia tan agitada como desconocida. Hay algo más. Algo que me ha hecho temblar y que, por pudor, no me atrevo a manifestar abiertamente. Algo «increíble» que, al menos en teoría, me «hermana» con Julio Verne. Esto es todo lo que puedo decir. Serán los criptogramas quienes hablen por mí. Y será la historia quien, en definitiva, tenga la última palabra. El hallazgo de Karmen Goizueta (porque suyo es el mérito) ha modificado mi trayectoria profesional. Y espero que el tiempo venga a confirmar cuanto ahora escribo. Que no se alarmen quienes han tenido la santa paciencia de seguir mis correrías y pesquisas tras los ovnis y demás fenómenos misteriosos. Continúo y continuaré en esos frentes, al menos hasta que la providen-

cia lo estime oportuno. Mi «encuentro» con Verne y con su ciclópea obra ha dado un nuevo y luminoso sentido a esa otra parcela de la narrativa, apenas estrenada con los *Caballos de Troya* y *La rebelión de Lucifer*. Y el medio centenar de libros que flotaba anárquicamente en mi cerebro se ha visto repentinamente «enmarcado» y «ordenado» en un gigantesco y ambicioso proyecto, que bien podría lucir el título general de *Nuevos viajes extraordinarios*. Sólo por esto ya ha merecido la pena reencontrar a Verne. Es curioso, pero durante años, y así lo manifesté pública y privadamente, uno de mis sueños fue «superar, si no en calidad, sí en número, los sesenta y cinco volúmenes que forman los “Viajes extraordinarios” del genial vecino de Amiens». Aquello fue dicho, en broma y en serio, mucho antes de que el destino, en 1988, me situara tras el rastro del gran maestro. ¿Premonición? Que el lector saque sus propias conclusiones...

Pero las «causalidades» no habían terminado. A lo largo de aquel mes de marzo, una vez devorada la escasa bibliografía existente en España, todo mi afán se dirigió a la localización de especialistas y de nuevos textos. Francia, por supuesto, era un capítulo obligado en la investigación. Allí tiene su sede la Sociedad Jules Verne, consagrada desde 1935 al estudio de la vida y de la obra del supuesto escritor de aventuras. Allí, en suma, podía encontrar lo más granado de las biografías trazadas hasta hoy. Y he dicho bien: «supuesto escritor de aventuras». Creo no equivocarme al afirmar que la mayoría de los lectores de Verne estamos en un error. Sus obras han sido etiquetadas como un «oxigenante divertimento». Nada más. Pues bien, conforme fui profundizando en el conocimiento de aquel bretón, una de las más gratas sorpresas consistió en el descubrimiento del verdadero sentido de muchos de sus libros. Verne no fue un simple divulgador de la ciencia y de la técnica del siglo XIX y, muchísimo menos, un mero narrador para jóvenes y adolescentes. Sus libros están concebidos con una segunda y secreta intención. Esa espléndida técnica narrativa no

es otra cosa que una argucia —forzada por las circunstancias de la época— que esconde un críptico y múltiple mensaje iniciático. Atónito y alborozado, fui comprendiendo: Verne era otro «loco maravilloso», profundamente enraizado en el mundo del esoterismo y de la simbología.

Estas sospechas terminaron por fraguar a raíz de otro viaje a Barcelona. Un viaje que, aparentemente, nada tenía que ver con Verne. Recuerdo que una mañana de aquel mes de marzo, viajando desde Sabadell a la Ciudad Condal, un buen amigo, José Antonio Carmona, se interesó por mis proyectos. Al hacerle partícipe de mis recientes inquietudes, anunció complacido que allí, justamente en Barcelona, vivía una de las grandes especialistas en la obra de Verne. Y el destino, imprevisible, me puso en contacto con Isabel Gracia, profesora de francés y, en efecto, una de las más serias y documentadas «vernianas» del momento. Días más tarde, en abril de este decisivo 1988, Isabel Gracia y Antonio Blanco, su marido, en compañía del matrimonio Carmona, arrojaron nueva luz sobre mi corazón. En una apacible y gratísima velada, Isabel me abrumó con su erudición y con sus extensos conocimientos sobre la vida y la obra de Verne. Estaba en lo cierto: por debajo del *Viaje al centro de la Tierra*, *La jangada*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, etc., palpita todo un mundo mágico-misterioso, repleto de símbolos, sugerencias y «segundas lecturas». Verne, por supuesto, había sido un iniciado.

Aquella instructiva reunión no fue, sin embargo, todo lo positiva que yo hubiera deseado. Me explico. En 1988, a los ochenta y tres años del fallecimiento del genial autor, el volumen de biografías, ensayos y análisis sobre su vida y obra es tal que, en opinión de los «vernólogos», apenas si quedan lagunas o resquicios importantes por explorar. Todo o casi todo está escrito, analizado y enjuiciado. Verne ha sido colocado una y mil veces bajo el microscopio de los investigadores, críticos e historiadores. ¿Qué podía aportar este desconcertado y modesto español? Isabel Gracia dio

en el blanco de mi inquietud cuando, en el transcurso de la inolvidable cena, formuló una sutil y certera pregunta: «¿Qué buscas en Julio Verne?». Confuso, argumenté sin excesiva convicción: «Es posible que busque respuestas... personales». Pero esto, pensando en los posibles lectores, en modo alguno podía justificar mi trabajo. El «hallazgo» de Karmen Goizueta era impublicable. Pocas personas lo hubieran comprendido. Si en verdad deseaba colaborar en la colección «Memoria de la Historia», tenía que esforzarme por encontrar algo inédito, original y de cierto valor en la supuestamente trillada vida de Verne. Algo objetivo y, sobre todo, de interés general. La empresa no era fácil. Y una vez más lamenté no ser anglosajón. Tanto en Estados Unidos como en Alemania, Gran Bretaña o en cualquier otro país medianamente civilizado, un investigador que se precie dedica a su labor «el tiempo necesario». En España, de momento, eso es impensable. ¿Qué escritor europeo, por ejemplo, se hubiera comprometido a sacar adelante una obra tan compleja como *Caballo de Troya* en cien días? Paradójicamente, Julio Verne sí me habría entendido. Pero las cosas son como son y, a pesar del escaso tiempo disponible, acepté el reto. Los que me conocen un poco saben que ésa precisamente es una de mis debilidades. «Además —me consolé—, estaba el destino». (No sé si es hora ya de sustituir esa palabra por otra mucho más exacta: providencia). Destino o providencia me habían embarcado en esta apasionante aventura y, así lo creí desde el primer momento, el destino o la providencia me conducirían...

Algo brillaba con nitidez por aquel entonces. La investigación se había desdoblado. Por una parte me sorprendí a mí mismo trabajando en un terreno puramente personal, lógica consecuencia del increíble descubrimiento de la astróloga. Verne había pasado a ser casi de mi propiedad. Por otro lado seguía presente mi compromiso con el editor, que me forzaba a una búsqueda fría y objetiva. Hoy, al re-

dactar estas impresiones, no sé dónde empieza lo uno y dónde muere lo otro.

Durante casi tres meses viví por y para Julio Verne. Llegué a verlo hasta en sueños... Abrí su vida hasta donde me fue posible, diseccionando y escrutándolo todo: su infancia, sus relaciones familiares, sus amores, su frustrada vocación marinera, su intensa y bohemía etapa parisina, su cambio de rumbo profesional, la providencial aparición de Hetzel, su editor, su faraónico proyecto literario, sus frustraciones y amarguras y, en fin, su complejo y solitario crepúsculo. Y me transformé en una especie de insaciable coleccionista de todo cuanto pudiera llevar el sello, el estilo o el nombre de Verne. Lenta pero firmemente, el genial francés fue conquistando terreno en mi biblioteca y en mi corazón. Goizueta se había quedado corta en sus audaces manifestaciones. Aquella vida resultaba hartamente familiar para quien esto escribe...

Pero, como digo, necesitaba una pista, una base, que me permitiera ofrecer un trabajo mínimamente digno. Y esa «luz» se hizo a finales de abril. No necesité mucho tiempo para descubrir que el amigo Verne era un fanático de los enigmas y criptogramas. Amén del esoterismo y de la simbología que rezuman sus libros, éstos se hallan cuajados de retruécanos, juegos de palabras, números secretos, jeroglíficos, anagramas y logogrifos. Aquella afición me dio que pensar. Esta peculiar característica del estilo verniano, unida a un oscuro suceso ocurrido, al parecer, hacia 1898, cuando Verne rondaba los setenta años de edad, me puso en lo que yo, entonces, estimé como «el buen camino».

Aunque los biógrafos, como sucede en otros capítulos de su vida, no terminan de coincidir, parece que, en la referida fecha, por razones muy poco claras, Julio Verne destruyó o hizo desaparecer buena parte de sus libros de cuentas, papeles personales, cartas y entre ¡tres mil y cuatro mil criptogramas! En un hombre tan meticuloso y amante de sus archivos (lo sé por propia experiencia), aquello no enca-